



## ISIDRO FABELA POR LA LIBERTAD

POR JORGE CARRIÓN,

*(doctor, escritor y periodista)*

La empresa de hablar o escribir acerca de un hombre, por sencillo que a éste se le suponga, es ardua y complicada; siempre imposible de acabamiento. El más simple mortal integra su persona, lo que de su yo trasciende, en espacios pluridimensionales que escapan a quien pretende medirlos con los metros, dobledecímetros o milímetros de su propia capacidad, informada a su vez en otras medidas espaciales.

Sólo en la intimidad audaz del coloquio se puede decir de alguien: “lo conozco tan bien como si lo hubiera parido” Porque he aquí que el parangón es inexacto: nadie tan lejos del conocimiento, porque quizá la estricta cercanía lo impide, que las madres que paren a sus hijos con dolor y los cuidan con vendas de solícitos cuidados y oscura ceguera. Y esto ocurre con los simples, perecederos hombres cuyas dimensiones, con ser muchas, se agotan en los límites del quehacer corriente y común que es el vivir de las mayorías.

¿Qué pues ocurrirá cuando se trata del conocimiento de hombres en los que se mezcla a la caducidad de los perecederos este extraño ingrediente del anhelo de trascendencia social y permanencia histórica de que está compuesta la determinación de un intelectual, de un político, de un gobernante y, en fin, pero sobre todo, de un escritor?

Ocurrirá entonces que la realista perplejidad obligue a circunscribir, a reducir a la propia medida el campo de estudio, no con ánimo de empuqueñecer la imagen, sino con el de hacerla más

exacta y clara si exactitud y claridad han de ser virtudes del conocimiento y el juicio.

Porque lo de menos sería decir: "El licenciado Isidro Fabela, como escritor, como jurista internacional, como político y gobernante, como alerta espíritu en perenne ósmosis de modernidad es uno de los mexicanos ilustres de estos tiempos".

Con ello no habríamos hecho sino imitar al Antonio de Shakespeare, cuando define los cocodrilos del Nilo. Tienen los cocodrilos la estatura que poseen, el color que les es propio y se alimentan de lo que les nutre —ciertamente como lo decía Antonio entre vahos de embriaguez—, con lo que nada hemos logrado saber del cocodrilo y ni siquiera de su apariencia formal.

Es ciertamente el licenciado Isidro Fabela uno de los mexicanos ilustres de estos tiempos. Pero, hemos agregado algún lustre, hemos destacado un ángulo, hemos pulido alguna superficie de sus múltiples dimensiones con decirlo y aún con proclamarlo? Más bien parece que no, y acaso no faltaría alguien que en tal juicio monolítico, cocodrilesco, advirtiera en el fango del lugar común las prosperidades de las flores adulatorias a las que es propicio.

\* \* \*

Proceder, pues, al modo de los fenomenólogos, es el único recurso que está al alcance de quien incurra en la inevitable soberbia amasada de humildad de escribir acerca del quehacer de un hombre. El hombre es Isidro Fabela. Su quehacer tan vasto, tan entreverado de acción y pensamiento, tan largo de paciencias voluntariosas que desembocan en los hallazgos de una vasta bibliografía, y tan pleno de vivencias que se expresan con voces tácitas en la vida del autor y explícitas en la de sus libros, que habrá que reducirse, con modestia y soberbia a la vez, a entender una sola guía de ese quehacer: la luminosa guía de la libertad, que aparece siempre, en la acción o en la teoría, en la voluntad y en el pensamiento, en el sentimiento también, de la obra y la vida del licenciado Isidro Fabela. En un valioso paréntesis se deja todo lo demás. Aquí se quiere decir del apasionado de la libertad.

En un libro, de los más antiguos de su vasta bibliografía, don Isidro Fabela transcribe estas palabras de Abraham Lincoln:

Nosotros todos nos declaramos partidarios de la libertad; pero, usando una misma palabra, no entendemos todos la misma cosa. Nosotros admitimos que la palabra, "libertad" debe significar que cada hombre tiene el derecho de disponer como le place de sí mismo y del producto de su trabajo; mientras que para otros esta misma palabra significa que ciertos hombres tienen el derecho de usar como les plazca de otros hombres, así como del producto de su trabajo. A estas dos cosas, no solamente diferentes, sino incompatibles, se les da el mismo nombre de libertad. Y resulta que cada una de las dos se llama, respectivamente, con dos nombres diferentes y antagónicos: libertad y tiranía.

Lo decía don Isidro Fabela en el prólogo de su libro *Los Estados Unidos contra la libertad*. Lo decía, con Lincoln, porque el curso posterior de su vida de hombre público y escritor había de demostrar que con toda justicia podía hacer suyas esas palabras. Hombre público y escritor, jurista internacional y juez, amigo simplemente, don Isidro Fabela siempre ha sabido discriminar con precisión el antagonismo irreconciliable que separa a las palabras libertad y tiranía. Sabiduría que no ha quedado nunca confinada en los recintos de la convicción íntima, sino que, activa y dinámica, ha encontrado los diversos cauces de una vida en que la acción y el pensamiento se acicatean recíprocamente.

Libertad es un vocablo sanguíneo, de carne y hueso, de conformación no únicamente espacial, sino ante todo histórica y con el que hay que convivir cada día y cada minuto para que no se nos convierta entre los labios mismos en un abstracto caracol de huecas resonancias muertas. La libertad se nutre del jugo nuestro de cada día que exprimen las relaciones de unos hombres con otros, la convivencia de trabajadores con empresarios, de hombres con mujeres, de pueblos con naciones y de estados potentes y vigorosos con estados en que apenas la esclavitud comienza a afilar sus armas de lucha contra la tiranía y por eso aún la libertad es no más que rumor y anhelo instintivo.

Y al lado de esta libertad que es todavía lucha y apresto, se ha colocado siempre Isidro Fabela con un nítido concepto de la trascendencia histórica que la libertad ha adquirido en nuestro tiempo: la trascendencia implicada en la aparición del imperialismo en la cadena de los sucesos históricos.

El imperialismo surge como una realidad histórica tardía para encontrar acomodo en las concepciones de Marx. Es la única realidad histórica que modifica algo, aunque no lo sustancial, del marxismo, y es Lenin quien mejor la examina en sus influjos sobre los procesos históricos y económico sociales de los pueblos del mundo y su evolución hacia formas nuevas de convivencia. El imperialismo, por ser la forma más desarrollada de tiranía, la que trasciende de las esferas nacionales al mundo entero, la que tipifica la época contemporánea, es a su vez, como objetivo de lucha, el fenómeno histórico que determina la lucha por la libertad más alta, más noble y más generosamente humanística. La búsqueda de la libertad del hombre moderno no alcanza su culminación, ni tiene amplitud universal, cuando no es lucha contra el imperialismo que resume todas las otras que pretenden instaurar la libertad. No hay libertad mía ni tuya. La libertad del hombre excluye el posesivo. La libertad es un nosotros realizado socialmente en el que tiene cupo la gozosa sensación individual de ser libre en el único y cimero plano de la igualdad social creadora y la evolución permanente hacia nuevas etapas de la humanidad.

Un hombre puede luchar por su libertad económica, conseguir la con detrimento de la libertad de otros. Ese hombre puede luchar por su libertad familiar. Puede también luchar ese mismo hombre por su libertad cultural, a través del solipsismo erudito y mezquino que toma los bienes culturales como satisfactores mezquinos de un yo aislado. Pero mientras ese hombre no haya tomado partido por la lucha contra el imperialismo no podrá decir que está luchando por la libertad, ni mucho menos que es un hombre de su tiempo. ¿Acaso centenares de hombres, ricos y cultos, no luchan desde hace tiempo por esos flacos espectros de libertad que en nuestro mundo moderno no hacen sino vigilar y mantener la esclavitud del resto de la humanidad?

Isidro Fabela ha sido un hombre de su tiempo. Independientemente de la ideología política que lo sustenta, la libertad la ha entendido como pertinaz lucha contra el imperialismo, porque como mexicano no ignora que en esa lucha se resumen todas las demás libertades del pueblo de una república que, más que otra alguna, ha sentido en carne propia la cadena del imperialismo. Y lo ha hecho con la generosidad de quien posee por modo natural y merecido don la libertad de la cultura, a la que en México tan

pocos acceden. Y lo ha hecho además consciente de la magnitud, tantas veces desilusionante de los flacos de espíritu, de la empresa antimperialista.

En *Los Estados Unidos contra la libertad*, Isidro Fabela expresa por conducto de don Antonio Caso la conciencia de aquella magna empresa, pero a la vez la necesidad de emprenderla con las armas con que se cuenta:

Vale más —dice mi compatriota el filósofo Caso— pugnar por conseguir una situación mejor, aunque nunca hubiera de lograrse tal estado, que contentarse con la realidad actual, imperfecta y condenable.

En un mundo en que abundan los pazguatos y los alcahuetes que prefieren acomodarse a la realidad, que son “realistas”, como ellos dicen a su oportunista acomodo en la corrupción y el fango social, no es menguado valor el que se necesita para dedicar una vida de actividad social y cultural a la lucha contra el imperialismo. Y eso es lo que ha hecho Isidro Fabela a través de la pluri-dimensional actividad y quehacer de mexicano, de hombre universal de su tiempo.

\* \* \*

*Los Estados Unidos contra la libertad* es un libro clásico de América. Forma en la bibliografía de la libertad de los pueblos latinoamericanos, junto con los libros, los poemas, los discursos y aún los actos de todos los americanos que han luchado en el pasado y luchan en el presente por la libertad.

En este libro decía don Isidro Fabela:

En este volumen me refiero a la conducta político-internacional de la Casa Blanca en Cuba, Filipinas, Panamá, Nicaragua y Santo Domingo; reservándome para más tarde el examen de las primitivas manifestaciones expansionistas de los Estados Unidos, tales como las de Luisiana, Florida, México y las posteriores de Hawái, Samoa, Puerto Rico, Haití y el resto de Centroamérica de manera de completar unos apuntes que puedan ser útiles a la historia política y diplomática de América y para la comprensión del panamericanismo aplicado.

Sin tener a la mano la bibliografía completa de Isidro Fabela,

tarea que está por hacer, no se podría decir si esta intención fue cumplida en el campo editorial o quedó en el de los libros inéditos. Pero no hace el caso averiguarlo. Lo medular de la intención lo ha cumplido el autor de *Los Estados Unidos contra la libertad*. Si el imperialismo hubiera muerto en el mundo, si nuevas formas históricas se hubieran enseñoreado de las relaciones internacionales, se habría justificado que Isidro Fabela redondeara su primer volumen con los necesarios para hacer el inventario y la calificación del imperialismo norteamericano.

Mas he aquí que don Isidro Fabela historiador es también el testigo de que el imperialismo no ha fallecido, sino que en su postrer agonía se ensaña con Latinoamérica, en la proporción misma que el mundo colonial despierta y se sacude cadenas en Asia y Africa. La obra del historiador siempre puede ser postergada por quien toma partido por la libertad; es más urgente la de testigo que acota, protesta y lucha contra "la realidad actual, imperfecta y condenable", del imperialismo vivo y actuante en Guatemala, en dondequiera que la presencia vigilante de Fabela lo advierte.

Guatemala es proyección en el presente de aquellas "primitivas manifestaciones" que prometía Fabela estudiar en otros volúmenes. Guatemala, de carne y hueso, era preferible a las presencias sangrantes, pero ya muertas en su irremediable ataúd histórico, de Hawai o Texas. Y no vaciló el hombre que se había decidido por la libertad: había que dejar testimonio del atraco gigantesco cometido con el pueblo de Guatemala y, por eso, con todos los pueblos latinoamericanos.

Y España, y los asilados españoles de México; y la República española y el imposible reconocimiento del gobierno mexicano para un gobierno español espurio y tiránico; y Lázaro Cárdenas y su conducta internacional.

Sí; eran muchas las incitaciones de una libertad sanguínea, de carne y hueso, que había obligado a don Isidro Fabela a convivir con ella, apasionadamente, para evitar que la libertad se convirtiera entre los labios, o los dedos del escritor, en un abstracto caracol de huecas resonancias muertas.

Había también la obra, la actuación. En el Tribunal de Arbitraje Internacional de La Haya, en el gobierno de un estado de la República encadenado por la miseria y la ignorancia, en todas partes había campo para demostrar que la libertad es más, mucho

más, que un vocablo que los románticos escriben con letra mayúscula y defienden con esfuerzo minúsculo. En todos esos campos luchó, y todavía lucha en otros, don Isidro Fabela.

En el gobierno la libertad se induce por caminos de equidad económica; pero también por los de la cultura. ¿Habrá alguien que no recuerde como en el Estado de México, estado de matones que atarantaban, fueron multiplicándose los islotes de libertad que son las escuelas hasta convertirse en archipiélagos propiciadores del paso al continente definitivo de la libertad que es la cultura, durante el gobierno de Isidro Fabela el político?

¿Y habrá quien ignore el papel del juez internacional del jurista Isidro Fabela en los puestos de relieve mundial que ha ocupado?

Si no lo hay, que sea excusado a un escritor decir, como Antonio, el de Shakespeare, decía de los cocodrilos, que don Isidro Fabela ha sido siempre igual a su propia estatura, fiel a su propia condición de hombre de la libertad y alimentado siempre con las especies espirituales que nutren el humanismo cabal.